

## V

## LA INSTALACIÓN.

Antonín estaba acabando la instalación de su hermano mayor, un domingo por la mañana, en su piso del *boulevard Saint-Germain*. Raimundo debía llegar á eso de las doce con su madre, la que se proponía hacerle visitar la casa y detallarle sus esplendores; un balcón, el Sena en perspectiva entre los muelles, un horizonte de cielo y agua. Después le dirían:

— Adivina en casa de quién estamos, ¿Para quién son estas cortinas, estos muebles, este piano?

Y todos tenían fiebre hacía quince días al pensar en la exclamación de Raimundo.

Encaramado en una escalera, en el estrecho cuarto tocador que estaba tapizando de una risueña tela rameada, Tonín, con sus tachuelas de tapicero en la boca, puntuaba de martillazos y de frases entrecortadas é incoherentes su conversación con Dina, ocupada en plegar cortinillas y casi sumergida en los raudales de tela rosa que rodeaban la escalera. Con los reflejos del río que danzaban luminosos en los cristales del balcón, parecía aquello un camarote de un barco, y muy hacía la proa, pues la casa formaba la esquina del *boulevard* y del muelle y todas las habitaciones iban estrechándose.

— Dime, Tonín, preguntó después de un silencio la voz de Dina, que salía de debajo de las telas; cuando estuviste en Londres, hace tres ó cuatro años, ¿veías á esos revolucionarios rusos?

Como todo París, los jóvenes estaban hablando de la siniestra cuestión Dejarine.

— ¡ Oh! muy raras veces, respondió el muchacho dando martillazos. Yo vivía enteramente fuera de Londres, en una antigua fábrica de paños á orilla del Támesis, que pasaba por debajo de mi casa y salía formando cascada. Yo tenía muy poca gente; los empleados estrictamente necesarios para vigilar mis dinamos y ver á la clientela, y apenas tenía tiempo una vez al mes para dar un paseo en el coche de la fábrica por las grandes praderas de los alrededores de Londres, donde están puestos con tanta gracia los anuncios y los carteles en el suelo, sobre el verde.

Pero su trabajo no dejaba oír su voz. Cesó de martillar y continuó hablando al cabo de un instante. Esas casas inglesas hospitalarias y cómodas cuando se está dentro, el obrero parisiense las encontraría feas é inabordable con sus cierres demasiado bien ajustados y con sus ventanas de guillotina. Jamás había podido acostumbrarse á ese aspecto cerrado é impasible del *home inglés*. El de la casa de Sofía Castagnozoff era muy diferente. Llegaba él á la hora de la clínica y encontraba la puerta abierta dando paso á un lamentable desfile de lepras y miserias. « Vete á esperarme en Hyde-Park, le gritaba la buena Casta; yo iré á buscarte después de la consulta. » En uno de los bancos del inmenso jardín, un bosque de Bolonia en el centro de la ciudad, Antonín encontraba cinco ó seis emigrados rusos, que algunas

veces estaban tendidos en el verde al lado de unos cuantos vagabundos llenos de miseria y con espaldas de listones ó de hipopótamos, separados solamente por una valla de madera de la fila suntuosa de coches, jinetes y amazonas, sin que jamás descendiese de uno de aquellos trenes una sola mirada hacia los animales salvajes tumbados en el musgo, ni uno de éstos interrumpiese su sueño para mirar con envidia todo aquel lujo de carruajes y libreas.

— ¿Pero de qué hablabas tú con esos rabiosos?

— Pues les decía que si hay mala gente en la tierra no es eso una razón para ser tan malo como ellos. Á lo cual Lupniak reponía siempre...

— ¿Quién? ¿Lupniak? ¿Ese asesino á quien se acusa de la muerte del general?

— Justamente... ¡Oh! no es un salvaje; al contrario, un hombre bien educado, antiguo oficial de artillería, pero uno de esos teóricos implacables para quienes... en fin... ¿Verdad? la vida de un hombre no es ni siquiera...el... el... Á mí me acusaba de ser un miserable egoísta.

Dina dió un salto en sus raudales de tela rosa.

— ¡Egoísta, tú!...

El joven respondió desde lo alto de la escalera:

— Pues bien, sí. Después de todo hay algo de verdad en esa acusación. Mi sueño de dicha en la tierra es un poco estrecho... Cuando veo que tenéis todo lo necesario tú, mamá, mi hermano y hasta la tía; cuando creo que sois dichosas, no voy más lejos. Soy como nuestra madre cuando éramos pequeños; en cuanto nos había metido en la cama, terminaba su día; sólo entonces dormía tranquila.

— Es igual, ese Lupniak no te conocía. Sofía no te hubiera llamado egoísta.

— ¡Oh! Sofía es una santa. Todo lo que sufre en este mundo la mueve á piedad. Por su gusto no descansaría hasta que... en fin... ¿verdad? el... el...

— Sí, hasta que hubiera redimido la humanidad entera, dijo la joven vivamente, y añadió mientras manejaba la aguja con gran presteza: eso es demasiado hermoso para mí... Si yo pudiera me contentaría con ser egoísta como tú; un egoísta que se ha sacrificado toda su vida, que se ha conformado con no ser más que un obrero, con no aprender nada de todo lo que se enseñaba á su hermano mayor...

— ¡Pobre Raimundo! ¿Para qué le ha servid hasta ahora? ¡Él, que tanto nos quiere y que se toma tanto trabajo para ayudarnos... Sí, sí, te lo aseguro, Dina, mucho trabajo. ¡Oh! Bien sé que tú no le ves como él es; él y tú no os comprendéis.

Dina sonrió con malicia.

— Es verdad que no soy tan buena como tú ni como mamá... Estoy rabiando desde esta mañana porque tengo que estar aquí plegando cortinas en vez de pasar el domingo en Morangis con Genoveva... ¡Pobre tía! Ayer estuvo cosiendo conmigo toda la velada. La idea de que trabajaba para Raimundo le daba un ardor... Mira; ¿quieres que te diga una cosa? Pues mi manía contra él viene sobre todo de la indiferencia con que mira á Genoveva, mientras que yo he visto en aquel baile á la que prefiere.

— Te equivocas, Dina; Raimundo no prefiere á ninguna. Solamente que...

Acabó de clavar la tapicería del techo y bajó de la escalera, en uno de cuyos peldaños se sentó para expli-

car á su hermana que Raimundo renunciaba á Genoveva porque no creía tener derecho á amarla ni á casarse con ella, á causa de las responsabilidades de la familia.

— Hablas de sacrificio, hija mía, siguió diciendo Tonín, y él es el que nos ha sacrificado su amor, conviene que lo sepas. Me mortifica la desconfianza que existe entre vosotros dos y que puede llegar á ser una gran pena para mamá cuando yo me vaya á ser soldado... Demasiadas inquietudes tengo ya por la cuestión de dinero.

— No te inquietes, Tonín, aun no te has marchado y de aquí á entonces habrá ciertamente novedades.

Á estas palabras imprudentes que acababan de escapársele á la pequeña, Antonín la miró con curiosidad, intrigado por la vehemencia de su entonación.

— ¿Qué puede ocurrir? ¿Alguna herencia?

¡Ah! Si Dina hubiera podido hablar... Si no hubiera prometido...

Se ruborizó y dijo balbuceando:

— No, no es eso; sino que ahora que Raimundo está instalado, podría...

Pero he aquí á Raimundo, que llega con la viuda de Eudeline. Se producen unos momentos deliciosos, arreglados al programa, con la única variación de que, una vez visitada la casa, cuando la viuda pregunta á su hijo:

— ¿Á que no sabes en casa de quién estamos?

— ¡Buena es esa! Como que no se lo has dicho desde el primer día, exclama Dina sin poderlo remediar.

Entonces, á pesar de los ojos enternecidos, todos se echaron á reír, lo que no estaba dispuesto en el protocolo.

Ciertamente, Raimundo lo sabía hacía mucho tiempo,

pero lo que le enseñaban sobrepujaba de tal modo sus esperanzas... ¿Cómo había de suponer que Antonín tuviera aquel gusto delicado y seguro en tapicerías y en muebles?... Porque, en realidad, aquel cuadro era antiguo, y aquel arcón un ejemplar raro. Hasta el piano procedía de una buena fábrica, y luego, aquella disposición del cuarto, tan apropiada... Raimundo salió al balcón y dió por él algunos pasos gesticulando con las manos como si hablara. El viento fresco de la mañana levantaba las rubias guedejas del joven y le agrandaba la frente de un modo soberbio, mientras que por la calle rodaban los tranvías y en el río se mezclaba el ruido de los remolcadores con la lejana melopea de las campanas del domingo.

— Has puesto bajo mis pies un verdadero trampolín, dijo á su hermano, estrechándole con efusión... Vas á ver... Voy á hacer grandes cosas...

No precisaba sus proyectos, ¿para qué? ¿No tenían todos confianza en el hermano mayor? Pronto sería presidente de la A., todo el mundo se lo aseguraba, y no le faltarían las ocasiones de hablar, de darse á luz. La primera etapa para entrar en la política, para ser diputado. Todo era posible ya, teniendo los útiles en la mano.

— Para empezar, querida mamá...

Decía esto en el despacho y hablaba de pie, apoyado en la chimenea, ya en su casa, como si recibiera á su clientela.

— Para empezar, te anuncio una buena visita que estoy demorando hace algunos días, pues no la hubiéramos podido recibir decorosamente en el almacén.

Todos le miraron sorprendidos.

— ¿Qué visita? preguntó la viuda de Eudeline.

— ¿Cómo? ¿No adivinas?

Y en medio del estupor general, dijo:

— La señora de Valfón, mujer del ministro de Negocios extranjeros, vendrá á pedir la mano de Dina para su hijo Wilkie.... Bien podías figurártelo.

La madre, muy turbada, bajó los ojos como si buscara en el suelo una respuesta que no la comprometiese.

— Es cierto, ya sabía... ya me habías dicho... pero yo no creía que esa señora.... En fin, que sería tan pronto....

Raimundo replicó vivamente:

— ¡Oh! No será en seguida. ¿Se lo has explicado bien á Dina? Mi hermana es aún muy joven y Wilkie no tiene una posición segura.... Pero está tan... enamorado, esa es la palabra, que quiere llegar el primero por miedo de que se le quiten.

La cara de Tonín, que oía por primera vez hablar de este asunto, expresaba un asombro cómico. Dina, con los labios un poco pálidos, pero tranquila, parecía que llevaba preparada la respuesta, tal fué la dulzura y la firmeza con que se expresó.

— Da las gracias á la señora de Valfón por el honor que quiere hacerme, mi querido Raimundo; pero esta visita sería inútil porque tengo tomada mi resolución y es irrevocable. Había rogado á mamá que te lo dijera.

— Sí, me lo ha dicho, en efecto.... La voz del hermano mayor temblaba, así como sus manos.... Pero creí que se trataba de un capricho de joven que la menor reflexión haría cambiar. Piensa en lo que sería para ti ese matrimonio y en qué sociedad te introduciría.

Dina levantó orgullosamente su cabecita.

— Precisamente en esa sociedad es donde no quiero entrar; la he visto una vez y me ha bastado. Para oír hablar á las mujeres, á las jóvenes, de aquel modo que levanta el estómago.... En la oficina central, donde hay toda clase de gente, no he conocido jamás, ¿entiendes? jamás, nada parecido á la tal Nadia, la hija del general, ni á su amiga la sobrina de Marcos Javel.

Raimundo dió dos pasos y se puso delante de ella.

— ¿Entonces, no irás tampoco á su casa?

— Ciertamente que no.

— No faltaba más que esto, dijo Raimundo por lo bajo, como aniquilado.

La pequeña continuó con aire decidido:

— ¿Qué quieres? He nacido en el *faubourg* del Temple, pero me he educado en provincia, y esta sociedad parisiense me da miedo. Estoy segura de que Antonín y mamá son de mi opinión... Y si la *tilla* estuviese aquí....

La señora de Eudeline movió sus largos tirabuzones pensando: «Sin duda... si estuviese segura de que dice todo lo que piensa....» Y Tonín murmuró dirigiéndose á Raimundo:

— La verdad es que yo no iría á escoger mi mujer en el... el...

Raimundo se encogió de hombros y dijo inclinándose hacia su hermana:

— En fin, ¿es tu última palabra? ¿No aceptarás á mi amigo Wilkie dentro de seis meses ó un año?

— ¡Jamás!

— ¡Cuidado, hija mía!... Se veía que ocultaba su cólera con aquella dulzura fingida.... Antes de pronun-

ciar un no definitivo, ¿te das bien cuenta de lo que vas á hacer?

— Creo que sí.

— Pues yo no lo creo.

Hizo una pausa, una pausa enorme, de las que no se usan más que en el teatro, y añadió, por último, muy grave:

— Me vas á quitar mi presidencia, sencillamente.

Dina hizo un ademán de absoluta indiferencia.

— ¿Quieres decir que te burlas de eso como de mi amigo? Pues no es lo mismo, porque yo no tengo una presidencia de reserva, mientras que tú te has provisto en otra parte, sin duda.... La señorita tiene hecha su elección probablemente.

Se paseaba por la habitación, muy pequeña para su furor.

— ¡Oh! La familia... la familia... dijo amenazando al techo con el puño.

Dina, irritada por sus injuriosas alusiones, le preguntó con sorna qué daño le había hecho la familia.

— Me ha devorado hasta los huesos.

— ¡Pobre familia! Si no tuviera sino á ti para alimentarla, no estaría muy reluciente.

— ¡Dina! gritó la madre, asustada.

Pero Raimundo intervino:

— Déjala... déjala.... Tengo curiosidad de ver....

Y volviéndose hacia su hermana.

— ¿Crees entonces que no he hecho bastante por vosotros, que no os he dado toda mi sangre?

— ¡Tu sangre! Por mi parte nunca la he probado.... Los demás, no sé. Lo que puedo decir es que has intentado todos los oficios sin tomar ninguno. Has querido

entrar en la Normal, estudiar derecho, marcharte á la Indo-China....

Antonín, consternado, gesticulaba de lejos:

— Dina, por favor....

Pero cuando la pequeña se arrebataba no había freno que la contuviese, y la intervención del hermano pequeño no hizo más que irritarla y darle pretexto á nuevos ataques. ¿Qué habría sido de ellos sin Antonín? Ése era el que sufría por todos, el que los había mantenido y dado vestido y casa. Ése era el verdadero sostén de la familia, el otro era un cabeza de familia honorario.

Tan pronto hubo dicho esa palabra, la joven se asustó de su enormidad y hubiera querido recogerla. Si el mayor la hubiese abierto los brazos en aquel momento, Dina se hubiera echado en ellos pidiéndole perdón. Pero el golpe estaba dado.... ¡Él, el Dios, el Buda, expuesto á tales ultrajes!... ¡Y por aquella chicuela!

— Eso es demasiado fuerte para ti, chiquita, dijo levantándola la barbilla con el dedo encorvado... alguien te ha apuntado esa palabra venenosa, que no se ha cocido en tu horno....

La madre gemía y Antonín juntaba las manos en ademán suplicante:

— Pero, ¡por Dios! ¡por Dios!... Dina, no eres justa.... Perdónala, Raimundo; ya la conoces, es una violenta; tiene el mal de papá....

Raimundo se revolvió como un perro sobre una avispa:

— Déjanos tranquilos, tú.... Estoy ya cansado de tus gestos de falso Cristo y de tus beneficios, que me fastidian; coge tus muebles y quédate con tu casa, que yo me vuelvo á mi sobrado de la calle de Seine.

— Pero si es él también el que paga tu sobrado, le echó en cara Dina.

— Eres mala, Didina, exclamó Tonín.

Y cogiendo á su hermano casi en brazos, le estrechó cariñosamente:

— No te vayas, Raimundo; yo no te hecho nada para que me causes esta pena.... Es tan agradable estar todos juntos.... Se está tan bien.... Además no he tenido gran mérito en instalarte; yo sabía que todos lo aprovecharíamos.... ¡Dios mío! Cuando pienso en la alegría de mamá de esta mañana... y ahora, mírala llorando. ¡Vamos, Didina, tu mano, pon tu mano en la suya.... ¿Ves, mamá? Se queda, ¿verdad? No digas que no, Raimundo. ¡Ya está! Se hacen las paces.

Una gran pausa, después de la cual dijo Raimundo apaciguado, pero resuelto:

— Bueno, me quedo... pero con una condición.

— Todo lo que tú quieras.

— Á pesar de lo que aquí se ha dicho, soy el jefe de la familia y como tal quiero que se me respete.... Deseo tener una nota de todos los gastos que has hecho por mí.

— Todos los recibos están en ese cajón, pagados y en regla, dijo alegremente el hermano menor.

Raimundo hojeó el paquete de facturas y afirmó en el tono más serio:

— Mañana mismo tendrás un pagaré á tres ó á seis meses.

Y añadió para evitar toda discusión:

— Lo deseo... lo exijo.

La viuda de Eudeline, que estaba enjugándose los ojos, apoyó la idea de su hijo mayor.

— Tiene razón; un pagaré, eso será lo más digno.

Estaba ya serena, porque veía á sus hijos de acuerdo, y á Raimundo en paz con su hermano, puesto que le daría un pagaré. Sentía solamente que no pudiesen pasar juntos toda la tarde, pero el mayor tenía que ocuparse en su elección.

— Yo, dijo Tonín mirando á su hermano con ojos inquietos de perro fiel, tengo aún que mudar parte de la biblioteca y que arreglar los papeles de música. No es gran cosa, porque hago que me ayude la portera, la señora Alcide, que se encarga de hacer la limpieza. Puesto que te vas, déjame la llave. Cuando vuelvas, la encontrarás debajo de la puerta.

— Sobre todo, dijo Dina riendo, no te equivoques y te vayas á acostar en la *Lámpara maravillosa*.

Raimundo la preguntó si pensaba tomar posesión en seguida del sobrado.

— No, no; todavía no... Me encuentro muy bien en la gran cama de mamá, detrás de nuestro biombo.

Y la muchacha dijo esto con una gracia tan ingenua y tan conmovedora, que la viuda de Eudeline se enterneció y se tranquilizó sobre las dudas en que la tenía la resolución de su hija.

Ante todo, Raimundo tenía necesidad de estar solo, para recogerse y tomar posesión de sí mismo.

Tocado en lo más vivo de su orgullo, se sentía vencido, achicado y hubiera querido envolverse de repente en aquella atmósfera de ternura y de admiración de que su familia acababa de privarle bruscamente. Pensó desde luego en sus amigos los Izoard que estaban en el campo hacía dos días. Allí tenía segura una acogida entusiasta y una gran benevolencia para escuchar sus disgustos

y sus quejas, y puesto que Dina no quería ir á casa de Marcos Javel, se podría combinar con el taquígrafo algún paso solemne cerca del acreedor de su padre.

Era muy extraña la obstinación de aquella muchacha, que le iba á poner en una situación imposible con su amigo Wilkie, con la señora de Valfón y con el ministro.

Todas estas inquietudes arrugaban su frente mientras el tren de Orleans le conducía hacia Morangis y su árbol de la libertad, en el crucero de los cuatro caminos.

Al aldabonazo que resonó en la puerta del antiguo pabellón de caza, una bandada de pichones levantó el vuelo desde el techo y se oyó en el fondo del jardín la voz del taquígrafo:

— ¡Calla! Raimundo... Mala suerte; apuesto á que venías á pasar la tarde con nosotros... Genoveva acaba de marcharse hasta la noche con unos amigos de provincia y comerá en París... Yo tengo que ir á una gran comida del cuerpo de taquígrafos con motivo de mi nombramiento de jefe de la taquígrafia... En fin, entra; siempre podremos charlar un rato antes de que me vista... La *títa* me lo ha dejado todo preparado.

La parte sombría del jardín guardaba aún el hielo del invierno, pero en todos los sitios en que daba el sol, la primavera hacía ya brotar botones en las ramas y embalsamaba el aire con sus perfumes. Raimundo hubiera de buena gana dirigido un saludo amistoso á los lirios y á las lilas, á todos aquellos olores primaverales que le producían la sensación de los domingos de su juventud. Pero ¿cómo podían reconocer todas esas plantas en aquel hombretón cuyos mechones rubios alcanzaban la altura de las más altas ramas, al bonito niño rubio, antiguo discípulo de la *títa*?

Así fué que el joven, que buscaba refugio en un rincón amigo, experimentó al sentarse debajo de la parra la impresión de soledad y de abandono del caminante que se echase, falto de fuerzas, en una cuneta del camino.

— ¿Qué te pasa, chico, qué tienes? le preguntó de repente Izoard, que le observaba con sus ojillos negros desde que entró.

Raimundo trató de no enternecerse y contestó sencillamente:

— Me acaban de operar una catarata que me tenía ciego, y me han hecho daño... Eso es lo que tengo.

El viejo arqueó las espesas cejas.

— ¿Una catarata? ¿Tú?

— Sí, señor Izoard; ahora ya sé que he faltado á mi misión; que esa misión de que me encargó mi padre al morir, mi orgullo, mi ánimo, era superior á mis fuerzas; que... que...

Las lágrimas le ahogaban y tuvo que interrumpirse.

— Pero, ¿quién ha dicho todo eso, pobre muchacho?

Y el buen anciano, conmovido como él, trató de consolarle y de convencerle de que era amado y respetado por los suyos como jefe de familia. En las familias más unidas había aquellas tempestades, que no afectaban á la autoridad ni al cariño. Ciertamente, Victor Eudeline se había cegado con su respeto exagerado por el latín y el griego... Más hubiera valido que Raimundo hubiese entrado en casa de Cornat con su hermano. Allí hubiera ganado animosamente el pan de su casa y el título de sostén de la familia. Pero la falta no era suya, ¿quién podía echársela en cara?

— Todo el mundo, señor Izoard, dijo el joven secán-

dose violentamente las lágrimas; por eso, porque me siento inferior á mi deber, porque he oído cosas horribles que no quiero volver á oír, he venido á usted que es mi mejor amigo, y le pido que me acompañe á ver á Marcos Javel... ¿Se acuerda usted de cuando iba á buscarme al liceo para ir á visitarle cada vez en un ministerio diferente? Volveremos á empezar la misma caza. Es preciso que me dé un empleo cualquiera y en cualquier parte, para que yo pueda dar de comer á los míos y relevar á mi hermano de esta misión que él llena hace mucho tiempo sin corresponderle.

Pedro Izoard, sentado al lado del joven en el banco circular del cenador, le estrechó con su robusto brazo.

— Abrázame; eres un buen muchacho.

Raimundo murmuró, enternecido por aquel apretón:

— ¡Ay! amigo mío; si usted supiera qué pena me ha dado ver á mi madre... á mi madre, dudar de mí.

Una solemne mentira, pero involuntaria é hija de la emoción.

— Sí, la vida no es alegre, respondió el viejo;... pero hay dolores para todos, si esto te consuela... Se echó á los ojos el inmenso sombrero de paja que se había puesto en honor del primer domingo de primavera, y dijo paseando con agitación en torno del cenador:

— Si crees que no tengo penas, yo también... ¿Sabes con quién está Genoveva en este momento? He prometido no decirlo, pero á ti, y sobre todo después de lo que acabo de oír, que me descubre un nuevo Raimundo... Pues bien, la *tiita* está recorriendo esos bosques con Sofía Castagnozoff, que ha llegado de Londres esta mañana. Creí en el primer momento que venía á socorrer á Lupniak, que parece está comprometido en ese feo

asunto Dejarine; pero no, Lupniak está en seguridad, según dicen, y no arriesga nada... Sofía viene á buscar á mi hija, ¿comprendes? á recordarle el compromiso de irse juntas á las Indias inglesas para crear allí una sucursal del hospital para niños que la doctora ha fundado al otro lado del canal de la Mancha. Ya sabes que en Londres Genoveva se volvió á dedicar á la medicina para consagrarse á la obra de su amiga. No lo ocultaba abiertamente y hasta pidió los treinta mil francos que quedaban de su dote para los primeros gastos de la sucursal. ¿Qué pasó entonces? ¿Qué cambio de ideas y de proyectos hubo para que Genoveva abandonase el viaje á las Indias y á los niños enfermos? Puedes figurarte si estaría contento, porque, en fin, se puede ser veterano del 48, con ideas filantrópicas y humanitarias más anchas que el Ródano entre Beaucaire y Tarascón, pero cuando se tiene una hija que es todo lo que á uno le queda en el mundo, parece mucho más interesante el socorro de los padres abandonados que el de los chiquillos en el mismo caso. Pero no se puede contar con nada. Hete aquí que esta mañana se nos presenta Sofía y que, estando almorzando, Genoveva me participa que antes de fin de mes estarán las dos en camino para Calcuta. Nada pude objetar, como comprendes. La *tiita* va á cumplir veinticinco años y es dueña de sus acciones... como lo ha sido siempre, por otra parte. La he educado sin religión, pero en los principios de la más estricta moral y sabía ella muy bien que jamás le perdonaría la más pequeña falta. Nunca la ha cometido ni la cometerá. Que se vayan, pues, á su empresa, su amiga y ella. Estoy orgulloso al ver á mi hija, fiel á mis ideas y á las de mis maestros, consagrar su belleza y su ju-



ventud al alivio de la miseria humana. Pero, con todo, tengo el corazón en un puño y lléveme el diablo si no sé cómo responderé esta noche á los brindis de mis colegas.

— En realidad, ha tenido usted un bonito ascenso, dijo Raimundo paseando á su lado por la calle de árboles.

Pedro Izoard cogió del brazo al joven y le atrajo violentamente.

— No me hables de eso, mira; estoy furioso contra mí mismo. Hubiera debido renunciar... ¡Ah! Yo sé muy bien por qué me nombran. Yo soy un viejo veterano de la República, de aquellos que decían las cuatro verdades á los mariscales del Imperio, tan llenos de entorchados como quisquillosos y ventrudos... Sé mucho, he visto mucho y me amordazan... Su República está podrida; todos esos hombres quieren ser ricos; las oficinas y los pasillos huelen á dinero, no se puede dar un paso sin encenagarse en él... y si piensas que me lo callo... Ya verás, cuando vayamos á ver á Marcos Javel el jueves, ¿te parece? Ese día habrá sesión y preferiré hablarle en el Congreso mejor que en su casa... Verás si se las hago tragar gordas sobre Gambetta y los otros... Ahí tienes porqué soy jefe de taquígrafia.

En el jardín contiguo sonó una campana por encima del espaldar de follaje.

Raimundo se estremeció. ¿Estarían de vuelta los antiguos vecinos?

— ¿Los Mauglas? tú bromeas. Se necesitaría aplomo.

Y ante el asombro del joven, el marsellés se cruzó de brazos sobre su larga barba y se paró enfrente de él.

— Pero ¿es cierto? ¿Crees todavía en la inocencia de Mauglas?

Este asunto había sido motivo de una constante querrela entre ellos, vuelta á poner sobre el tapete por los últimos sucesos.

— ¿Pero no he dicho á usted, señor Izoard, dijo el joven Eudeline sin poder contener una sonrisa indulgente, que en el baile de Negocios Extranjeros hablé gran rato con Pablo Mauglas y que aparecía allí en la intimidad del ministro?

La cara del viejo se puso roja.

— ¿Y qué prueba eso, ¡ira de Dios! sino que Valfón, Mauglas, toda esa gente, son la misma canalla y siguen la misma política de manos sucias... Ellos no se repugnan entre sí, más que cuando se les embrollan los negocios... ¿No has leído entonces los periódicos? ¿No sabes que Valfón, en plena tribuna, acaba de denunciar á Mauglas como polizone al servicio del ministerio del Interior? Te aseguro que no le verás más en el baile de los Negocios Extranjeros.

El viejo taquígrafo, gran lector de periódicos políticos, sobre todo en el campo, sacó uno de su batin de casa y con voz profunda leyó á Raimundo el artículo en que se publicaba con todas sus letras el nombre del sutil indicador de la policía francesa — las mismas expresiones del ministro en la tribuna; — agente que estuvo siempre adscrito á la persona de Dejarine mientras su estancia en París y que le había advertido de las empresas criminales que se tramaban contra él.

— ¡Es horrible! murmuró Raimundo aniquilado. Hasta ahora no había podido creerlo... pero después de tales afirmaciones... ¡En qué estado se encontraría el infeliz en aquel momento!

— ¡Oh! No le tengas lástima, dijo Izoard, volviendo

á tomar su voz natural; lo que él siente ante todo es perder su plaza. Cuando un hombre desciende tan bajo no le afectan las humillaciones. Una vez muerto el orgullo, nada le resucita.

Dieron algunos pasos en silencio, mientras que en el jardín de al lado unas risotadas y carreras de niños recordaban las antiguas comilonas del vecino.

— Pero, diga usted, señor Izoard, preguntó Raimundo con cierta angustia, ¿cómo un espíritu de esos vuelos y una inteligencia tan fina, puede llegar hasta ese punto de abyección?

— ¡Qué sé yo, hijo mío!... Por debilidad, por cobardía; algunas veces también por un torpe cambio de aguja y hasta por desviación de un buen sentimiento, sí, hijo mío, de un buen sentimiento. Mira, me parece que no te he contado nunca mi aventura del club Barbés, el 48...

Se detuvo para escuchar á lo lejos, en un cielo de color azul de acero, el campanario de Morangis que tocaba á vísperas y daba las cuatro. El viejo taquígrafo se acordó de repente de su frac, del chaleco de piqué blanco y del solemne lazo de muselina que le esperaban arriba, colocados sobre la cama; y Raimundo tuvo que privarse aquel día de la aventura del club Barbés. Pero la había oído tantas veces y debía oírla aún con tanta frecuencia...

Echado á perder el día, que él contaba pasar en el campo con Genoveva y su padre, Raimundo volvió á París menos desolado, sin embargo. Es tan agradable quejarse cuando se sufre y tan consolador el ser comprendido, sobre todo cuando se trata de esas heridas de orgullo traidoras y punzantes que no se querria

confiar más que á la almohada al morderla para no gemir... El hablar de esos desgarrones, el mostrarlos, una vez vencida la primera vergüenza, es un alivio tan dulce como la venganza. Sin más que haber dicho á aquel pobre viejo: « Esto me han hecho » y haberse enternecido con sus propias desdichas, exagerándolas, Raimundo volvió á tomar el gusto á la vida, y cuando bajó del tren, su primer pensamiento fué para la señora de Valfón, que recibía los domingos.

No se habían visto desde la cita del hotel Beaumarchais, cita lúgubre y manchada de sangre; y á partir de aquel día casi todos le escribía la de Valfón cartas fervientes, apasionadas, pero aún impregnadas del terror que había dejado en su ánimo aquel drama en que hubieran podido tan fácilmente hallarse complicados los dos muy de cerca. Al terminar, hablaba siempre con inmensa impaciencia de la instalación que su querido y hermoso niño le hacía tanto esperar.

« ¡Oh! Raimundo mío; date prisa á establecer nuestro rinconcito... »

¡Qué alegría la de poder al fin responderla:

« Nuestro nido está preparado y esperándote. »

Se figuraba de antemano el delicioso estremecimiento de aquella nuca blanca y turgente cuando él se deslizase hacia el respaldo de su sillón, delante de las visitas, y dijese muy bajito la calle y el número del refugio...

— ¡Caballero! ¡Caballero! ¿Á dónde va usted?

Había atravesado ya gran parte de la antecámara ministerial y tuvo que volver á dejar su tarjeta en la mesa del suizo.

— La señora está delicada y no recibe

— ¡ Delicada ! ¡ Delicada ! Un modo de decir las cosas como otro cualquiera...

Así murmuró el joven Wilkie que salía poniéndose los guantes, pálido como un clown y con las narices temblorosas y bajaba la inmensa escalinata del brazo de su amigo, muy asombrado al verle en el ministerio ese domingo.

— Tan delicada como yo... Solamente que ha habido una escena de familia espantosa... Mi hermana me ha hecho llamar... ¡ Qué bonita pieza se podía hacer. Un matrimonio de ministerio... Á propósito, querido Raimundo, ¿ cuándo querrá la señora de Eudeline recibir á mi madre para lo que sabes ?

Estaban los dos de pie en el borde de la acera, en la esquina del puente de la Concordia y del muelle. En ese momento era precioso, con las pendientes del Trocadero estrellándose de luces en una bruma violácea, y los barcos que paseaban por el río sus rápidos y variados fuegos.

— Dispénsame, dijo Raimundo muy violento con aquel encuentro; creo que, por el momento, obligaríamos á la señora de Valfón á dar un paso inútil. Ya le había dicho que mi hermana vacilaba un poco y esta incertidumbre suya, que nada tiene de personal para contigo ni para otro alguno, se ha trocado en verdadera resistencia. Solamente la paciencia podrá llegar á vencerla.

Willkie, cuya cabecita, contraída por la rabia, se estaba reduciendo á las más mínimas y más viperinas proporciones, replicó con violento acento de despego:

— Yo lo venzo todo, querido amigo; ándate con cuidado.

Después añadió bruscamente :

— ¿Quieres acompañarme á la avenida de Antón ?

— No, gracias. Esta noche como en este lado del río.

— Lo siento... Hubiéramos entrado en casa de Gaspar. Allí pensaba hacerte ver mi último recurso y encargarte que advirtiesen á Claudio Jacquand que antes de ocho días tendrá una bala en la ingle, uno de esos golpes de los que no se libra nadie.

Raimundo repitió sin comprender lo que había oído :

— Claudio Jacquand... Una bala en la ingle...

Willkie añadió con sorna :

— ¿ No conoces, acaso, á ese Claudio Jacquand ? Pues no tardarás en conocerle... En cuanto á ti, mi querido presidente, ¿ estás seguro de tu elección ? Yo la pongo muy en duda... Adiós...

Desapareció entre la multitud abigarrada del puente y Raimundo se quedó por largo tiempo inmóvil en el mismo sitio, preocupado por el aire de amenaza de su amigo y por su risita de cascabel.

¿ Qué tenía que ver con todo aquello el tal Claudio Jacquand, á quien no conocía más que por haber ensayado juntos algunas figuras de minué ? Ni siquiera estaba de pareja con Dina, puesto que ésta bailó con Wilkie... Entonces, ¿ por qué toda esa cólera ?

« Una esquila, pensó, á la lista del correo, dirigida á la señora de Valfón, y ésta me explicará en seguida todo el enigma. »

Caía la noche y á Raimundo le ocurrió la idea de ir á comer en un *restaurant* y escribir allí la carta... Por toda la longitud del muelle pasaban rozándole á su lado sombras de aspecto fatigado y niños llevados á remolque de la mano, en aquel anochecer melancólico de

domingo. Anduvo mucho tiempo y en la viva claridad de todos los pisos reconoció el *restaurant* de la Torre de Plata tan querido de Pedro Izoard y de todos los glotonos de la orilla izquierda. En el salón del piso bajo había más que algunas mesas ocupadas. Raimundo se sentó en una de ellas, y mientras le servían se fijó en un periódico ilustrado que andaba rodando por las mesas y que publicaba las fotografías del antiguo ministro de policía rusa y de su presunto asesino, aquel misterioso Lupniak que hacía una semana tenía en un pie á todo el servicio de seguridad. Á la vista de este último retrato la cara de Raimundo palideció. Aquellos ojos agudos y atravesados, aquella nariz de *kalmuk*, aquella mandíbula de fiera, eran las facciones del hombre que había visto escurrirse por el borde de la cubierta de cristales del hotel Beaumarchais, y cuya mirada había querido decirle al cruzarse con la suya :

« No nos encontramos más que en circunstancias extraordinarias, joven. Acuérdesse usted de la sala de visitas de Luis el Grande ».

Ya no podía dudar ni remotamente de la identidad del personaje y mientras le miraba muy emocionado en aquella plana del periódico, se creía en el célebre cuarto del hotel, teatro de los trágicos sucesos, mirando por la ventana del patio aquella misma fisonomía.

Y aún temblaba cuando se puso á escribir á la señora de Valfón la hora y la dirección de su nueva cita.

En la sala de fumar de la Asociación, á donde fue después de comer para ver si Wilkie emprendía, en efecto, una campaña contra él, los estudiantes estaban todos hablando de la aventura de Mauglas. Raimundo se jactó de conocerle, alabó las obras literarias del escritor

y buscó los motivos de su bajeza. El joven encontró frases felices, y *tolstoizó* toda la velada ante el busto de Chevreul y la litografía de Víctor Cousin; pero mejor hubiera sido que se hubiera guardado para sí sus reflexiones, pues varios miembros del comité, sus electores por consiguiente, hijos de procuradores ó de notarios y destinados á desempeñar con el tiempo las funciones de sus padres, quedaron escandalizados con sus teorías.

Á eso de las diez sintió de repente el cansancio del día, tan largo y tan pesado para él y por instinto se encaminó á la calle de Sena, como si fuera á su casa acostumbrada. Solamente al volver la esquina del *boulevard* y al ver á lo lejos el almacén cerrado, se acordó de su nuevo domicilio.

Hizo el camino á pie, y después de contar exactamente sus cuatro pisos de escalera, encontró la llave en el sitio convenido. ¡ Su llave ! ¡ Su casa !... ¡ Qué bien le sonó aquella frase repetida en su pensamiento !

¿ De qué profundas y secretas fuentes de libertad, de individualidad humana, proceden esas deliciosas niñerías ?... Entró derecho y guiándose en la oscuridad como si hiciera veinte años que habitaba aquella casa. Llegado á su alcoba, oyó, al tiempo de frotar un fósforo, un ligero rumor como de una sombra en el hueco de la ventana, donde se divisaba una alta silueta destacándose en los reflejos blancos de la luna.

— ¿ Quién está ahí ? dijo en voz alta, acercándose.

Y la forma inmóvil se animó de repente y murmuró con voz vaga y misteriosa como la noche :

— Soy yo... Genoveva.